

PLÁSTICA

Ricard Clement, Cándido Pineda, Rodolfo Oviedo, Edwin López, Henry Ramírez, Orlando Rivas, Saúl Ayala, Ernesto Cartegena, Joel Ascencio, Gabriel Jovel, Renacho Melgar, José Alvarenga, Dany Ruiz, Miguel Ángel Efigenio y Álvaro Sermeño



80 Salón de
Dibujo
*Tránsito y
permanencia 2011.*

FOTO: MAURICIO VALLEJO MÁRQUEZ

Impulsar el dibujo en los jóvenes. Independencia y Dependencia, abierto al público en la Sala Nacional de Exposiciones Salarrué a partir del 9 de junio.

CRÓNICA



El reloj de flores

Jorge Castellón

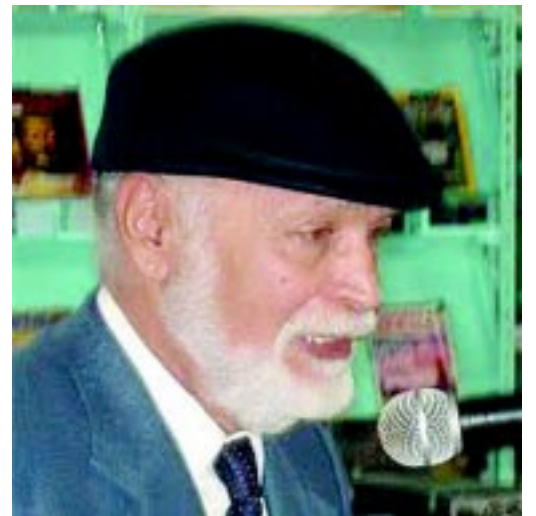
PÁG. 3

GALARDÓN

Caralvá en Latin Heritage Foundation

PÁG. 7

RÉQUIEM



Sosa sobrevivió por la poesía

Mauricio Vallejo Márquez

PÁG. 8



LEAMOS SALVADOREÑOS

Un país que lee crece

PLÁSTICA

Inicia el Octavo
salón de dibujo



AMOR DE PATRIA

Autor: Miguel Ángel Efigenio.

Por octavo año consecutivo se desarrollará el Salón de dibujo Tránsito y permanencia 2011. El lunes 9 de junio será la inauguración en la Sala Nacional de Exposiciones Salarrué a las 7 de la noche y estará abierto al público hasta el 24 de junio.

Esta exposición es para celebrar el primer grito de independencia de 1811. Pero no de una forma común, sino crítica. Los exponentes analizan las diferentes ópticas que tienen de nuestro país.

«Ser artista es ser más analítico, algo más serio. Si pintas o haces cualquier otra disciplina artística la haces para expresar», comentó Augusto Crespín, coordinador del evento

Con estas actividades se busca apoyar a los jóvenes para que expresen su visión. La meta es que estos artistas plásticos puedan evolucionar.

«El esfuerzo del salón de dibujo tiene su importancia. Es una contribución al desarrollo del país», explicó Crespín.

Además de apoyar a la juventud y a los dibujantes, se tiene como objetivo buscar la identidad de la plástica salvadoreña, tener un referente propio producto de la autenticidad.

«Algo importante es tener identidad. Ser auténtico no es fácil. El reto de un artista es crear su mundo para tener identidad», afirmó el coordinador.

El curador del salón es el cineasta Noé Valladares.

En este salón participan: Ricard Clement, Cándido Pineda, Rodolfo Oviedo, Edwin López, Henry Ramírez, Orlando Rivas, Saúl Ayala, Ernesto Cartegena, Joel Ascencio, Gabriel Jovel, Renacho Melgar, José Alvarenga, Dany Ruiz, Miguel Ángel Efigenio y Álvaro Sermeño

"El reto de un artista es crear su mundo para tener identidad" A. Crespín

Juan Baina
y el diluvio

por NETO



/Continuará el próximo sábado

OCTAVO SALÓN DE DIBUJO



SERIE DE LOS AHORCADOS

Autor: Álvaro Sermeño.

Un límite
para volar

MAURICIO VALLEJO MÁRQUEZ
COORDINADOR



Para que no escape, a un elefante le ponen un grillete mientras es pequeño. Una cadena fuerte le impide que se mueva con libertad. Con el tiempo el paquidermo crece y ya no es detenido con una cadena sino con una soga (a veces atada sólo con un nudo común). El elefante no intenta escapar, ni probar su fuerza, se limita a caminar en círculos teniendo la longitud de la cuerda como su espacio. No importa lo que haga, siempre será prisionero de sí mismo. Tiene suficiente fuerza para romper sus cadenas y tumbar los límites que lo separan de la libertad, pero no lo hace y jamás lo hará.

Los seres humanos también tienen esa dificultad que se conoce como *el síndrome del eterno aspirante*.

Las personas pueden ponerse metas y trabajar arduamente para conseguir las, pero nunca las logran. Tienen metas que no alcanzan. Se preparan para obtener ascensos en los trabajos, en lograr títulos deportivos, en escribir grandes obras, pero llegado el momento no logran sus objetivos y se derrotan a sí mismos. Tras este fracaso no intentan volver a probar y recuerdan constantemente su derrota.

Según el psiquiatra Mardi Horowitz se debe a que no toleran la frustración y esto se explica por la línea de fracasos en que habitan. La gente sueña que puede lograr algo, pero al final no llega a realizarlo y día tras día la meta es un ideal al que nunca llega. Existen factores internos y externos que contribuyen para que el síndrome se dé.

Albert Einstein contaba la historia de dos niños que patinaban sobre la nieve. Uno de ellos piso una fisura de hielo que se quebró y lo atrapó. El otro pequeño se acercó. Con el cuchillo de uno de sus patines golpeó y golpeó el hielo hasta que liberó a su amigo. Cuando otras personas se enteraron del suceso se preguntaron cómo el infante logró ayudar a su amigo. Einstein explicó: «Fácil, no había nadie cerca para decirle que no podía hacerlo». A veces las personas que se encuentran alrededor, con intención o sin ella, minan el ánimo del otro.

En otras ocasiones, la misma persona es su propia muralla, no obtienen sus metas porque se autolimitan. Ellas tienen la llave de sus cerrojos, pero están tan acostumbradas a vivir con estos que no llegan a visualizar la forma de salir. Otros, en su gran mayoría, no están dispuestos a sobreesforzarse ni a soportar los niveles de tensión a los que se ve sometido el que lucha por lograr una meta.

Este pesimismo en que se ve envuelta la gente que sufre *el síndrome del eterno aspirante* es uno de los síntomas. Mientras no visualicen su responsabilidad en el problema, no será posible escapar de este. Y si la gente no logra salir adelante de forma individual, será aún más difícil que el colectivo lo logre. El camino para mejorar una sociedad está en el individuo. Si este mejora, también lo hará el conjunto.



El reloj de flores

EL RELOJ DE FLORES SIRVE DE PUNTO DE REFERENCIA EN LA CIUDAD, ESTÁ UBICADO CERCA DE LA TERMINAL DE ORIENTE Y EL MERCADO LA TIENDONA.

CERCA DE ALLÍ, AL ALCANCE DE LA VISTA DE ESE MUDO OJO QUE SÓLO TIENE DOS PESTAÑAS, CRECIÓ TAMBIÉN CON EL TIEMPO, ESE LUGAR DONDE SE JUEGA LOTERÍA, Y DESDE DONDE SE ESCUCHA EL GRITO.

JORGE CASTELLÓN
Escritor

No recuerdo haberlo visto funcionar. Tal vez cuando lo vi, ya sus agujas de metal blanco estaban quietas, apuntando a cualquier parte de su circunferencia de tierra y grama. El tiempo, es lo más seguro, ya se había detenido adentro de esa redondez que miraba a la intemperie. Su círculo, de cara hacia el oriente, parecía estar reclinado sobre un montículo de tierra que tenía una altura probable de un metro y medio. Era un reloj posado sobre el suelo, como puesto, pues, sobre un puñado de tierra; como una cosa dejada allí, en medio de la calle, para ser vista, para ser olvidada en el ir y venir de la rutina de todos los transeúntes, y de los aconteceres de toda una ciudad.

Al parecer, comenzó a funcionar al inicio de la década de los 70, para en breves años, detenerse. Creo recordar que a mis ocho años, ya el reloj - que entonces tendría cuatro o cinco años de haber sido inaugurado -... había muerto. Así lo veo, así lo recuerdo, como un reloj muerto, escondido entre las cosas, como uno más de esos relojes de aquella pintura de Dalí, en que parecen derretirse, colgar, secarse como cáscaras arrojadas al suelo, hablándonos en su lenguaje de un tiempo detenido.

No sé si sus números eran arábigos o romanos, pero sé, que estaban contruidos de flores pequeñas, sí, de flores, formando líneas, curvas o ángulos. Por eso le llamaban «*el reloj de flores*». Intentando recordar, creo que su diámetro era tal vez de unos dos metros de largo, o lo suficiente para poder ser visto sin dificultad desde unos 100 metros de distancia. Tenía a su alrededor una pequeña cerca de metal, blanca, que lo intentaba proteger del paso de la gente, rodeándolo. Esta cerca abarcaba un pequeño jardín, el cual iba desde los bordes del montículo sobre el que el reloj descansaba hasta la parte posterior del mismo, donde el jardín se

prolongaba por unos cuatro metros, quizás. Proliferaba allí, dicen, *la flor del mediodía* que le daba al reloj su alegre colorido de todas las mañanas.

Pasábamos a su lado una que otra vez al año. Desde el autobús, quería repentinamente descifrar su tiempo, pero era un intento infructuoso: ya lo había perdido de vista cuando comenzaba a leer su aguja más alargada, de suerte que, me quedaba siempre con una hora incierta... Tal vez, más de algún travieso intentaba darle vida a su maquinaria, empujando aquellas astas con la mano, pues meses más tarde, me parecía que marcaba un tiempo distinto al que yo había supuesto. El reloj jugaba conmigo o con nosotros: sin que avanzase él, el tiempo transcurría y me hice adulto, y mi ciudad, se transformó conmigo. Mas su inmovilidad ciertamente fue, esa *persistencia de la memoria*, que me hace hoy, escribir lo que recuerdo.

A su alrededor giraba el mundo, alrededor de su tiempo detenido, alrededor de su quietud silenciosa. Los hombres, las mujeres y los niños, median con sus pasos quizás sus ritmos olvidados; los ancianos, con su memoria confusa, tal vez figuraban sus rutas circulares ya del todo abandonadas, dejadas al recuerdo. Dentro de esa masa de esfuerzos humanos de todos los días, aquel reloj, se replegaba, retrocedía, cediendo su intención como en un absurdo intento de detener lo que veía, o lo que se avecinaba...

A ambos costados de la calle, a uno y otro lado del reloj, se veían pasar -montadas como en un carrusel sinuoso-, una línea interminable de botellas llenas de un líquido rojo, morado o amarillo. Los que caminaban a ese lado de la acera, miraban a través de un cristal ese desfile interminable de botellas de refrescos que iban a ir a parar algún día, inevitablemente, a la mesa de la casa más lejana de aquel pequeño país, que durante toda mi infancia y adolescencia, escuché

que albergaba ya, cuatro millones y medio de habitantes.

En el lado opuesto de la calle, hacia el sur, extrañas estructuras, tubos largos, techos altísimos, muros y portones, componían ese lugar de todos conocido, donde se hacía la cerveza, ésa cuyo nombre, uno veía pegado a la pared de alguna tienda en cualquier barrio, calle o callejón de todos los puntos cardinales de ese lugar que acá refiero.

Así, la cervecería La Constancia y la otrora Embotelladora Tropical, formaban el cuadro de ese reloj que allí, entonces, se exhibía en medio de aquel ruidoso punto, donde el tráfico comenzaba a aglutinarse, y que décadas más tarde, se iba a convertir en un tramo casi imposible de lograr atravesar.

La avenida Independencia - pues ése es el nombre de la calle donde el reloj se ubica - multiplicó sus visitantes, y la entrada a la capital desde el oriente, hundió a aquel reloj en el fondo del humo de motores, en medio de una abigarrada multitud y en el profundo abandono en que se quedan las cosas que nos parecen inútiles, convirtiéndolo por fin, en aquello que desde entonces se nombra sólo por costumbre, como un punto de referencia, no ya por lo que su nombre prefigura, pues ya no era reloj, ni tenía flores. Mas correspondía haberlo nombrado como... *lo que era un reloj que un día tuvo flores*.

A sus espaldas, a lo largo de aquella avenida, se siguieron multiplicando los lugares donde las trabajadoras del sexo ejercen sus labores. Siguieron juntándose los clientes por las esquinas aledañas, atisbando desde las cantinas, tal vez, la oportunidad de una regalía sorpresiva. Continuaron aumentando los niños y las niñas, que al detenerse los autobuses frente a él, subían a ofrecer sus ventas a todos los viajeros: naranjas, plátanos, bolsas con agua. Se sumaron a sus alrededores los mendigos. Se acrecentó a sus costados aquel flujo de personas, que desde

los suburbios del oriente de la capital asoman por la mañana - viniendo, por ejemplo, de Ilopingo, Soyapango, Lamatepeq, San Bartolo o San Martín- de camino a sus labores, y que el reloj, con su ojo silencioso, los fue viendo regresar todas las tardes, cansados, apiñados en los autobuses rumbo a ese lugar donde sólo se pernocta, residencia momentánea, que es... su casa.

Cerca de allí, al alcance de la vista de ese mudo ojo que sólo tiene dos pestañas, creció también con el tiempo, ese lugar donde se juega a la lotería, y desde donde se escucha el grito a veces ininteligible que junta y desjunta, a los cada vez más numerosos desempleados y a los que viven de la suerte -de la propia y de la ajena-: ¡El catrín! ¡El tambor! ¡El diablo! ¡La chalupa!

Todo creció, se multiplicó, se desbordó: la pobreza, la marginalidad, la producción cervecera, la prostitución. Y el tiempo se midió de otra manera. Aquellas agujas detenidas, cedieron su función a la sumatoria de las cosas, a su índice de hechos, de desechos, de tragedias, de miserias o de rentabilidades, sobre unidades de tiempo ajenos ya a aquella circunferencia de flores diminutas: los muertos, por unidad de día; los niños, por unidad de venta; los desempleados, por unidad de cuadra.

Como premonición o como signo, el Reloj de Flores se detuvo, se echó andar luego, para otra vez volver a detenerse, como un intento absurdo de evitar lo inevitable; como queriendo soslayar que todo prosiguiera. ¡Pero no! Fue imposible. Tu acinesia bondadosa, amigo mío, sigue siendo impotente al paso de los días. Tan sólo eres parte de este cuadro plus-realista donde se junta tu inmovilidad, con la sucesión triste de las lunas y los soles, de las vidas y las muertes, de la desilusión y la esperanza; de nuestras pesadillas y nuestros sueños, sueños de un tiempo de flores... para los que se han ido, los que aún estamos, y aquellos y aquellas por nacer.



ILUSTRACIÓN: AUGUSTO CRESPÍN.

Víctor UCLÉS

Poemas cortesía del autor
para Suplemento 3000

dócil ante el halago de un ramo de laurel,
con ríos y praderas enmarcando el lugar,
el paso de los años no lo podrá borrar.

El polvo acumulado de aquel camino real
recoge las pisadas de mi alegre Satán,
que acelera sus pasos cerca del manantial
que está en las cercanías del valle de San Juan,
más acá de las lomas donde no existe el mal.

Al pasar por el sitio que va para El Rosal,
donde impacta al olfato el más fragante olor,
una jaca retinta lo incita a retozar,
y sus ojos estallan como una tempestad
respondiendo al llamado de la sensualidad.
Con los belfos henchidos se pone a relinchar
y con todo su fuego la quisiera incendiar.

Al llegar a las puertas de la antigua ciudad
Satán es todo presa de la nerviosidad.
Sus cascos sacan chispas del duro pedregal
y baila como el potro de quien va a rejonear
con un cascabeleo de ritmo singular.

Ni al llegar al establo mitiga su furor
aquel caballo inquieto que no encuentra la paz;
abarca con los ojos todo su derredor,
relincha nuevamente víctima del ardor
de quien prendió aquel fuego difícil de apagar,
impetuoso y rugiente como la tempestad.

Cosa asombrosa: un día, cincuenta años después,
de París en un grande y hermoso boulevard,
bajo un lóbrego dombo de plomo y de cristal,
a las sonoras notas de un grupo militar
vi la cabalgadura que usaba un capitán
¡ y conocí al instante a mi viejo Satán!

El mismo porte erguido, el color alazán,
los belfos sonrosados con un tenue temblor,
alertas al asombro sus nervios y tendones,
caracoleando un brazo por pura vanidad

Presa de los impulsos de la curiosidad,
nublado el pensamiento, creciente mi ansiedad,
yo musité su nombre por experimentar
si aquel bruto y el mío respondían igual:

Satán, dije muy quedo; Satán, dije otra vez;
y volviendo la testa con misterioso afán,
clavó sus ojos negros sobre mi admiración,
¡ y los dos entendimos el encuentro fugaz!

Las trompetas al viento reabrieron el compás
de aquel pundonoroso desfile militar
que dobló por la esquina del viejo boulevard
bajo el lóbrego dombo de plomo y de cristal.

El capitán la fusta usaba sin piedad,
mientras Satán doblaba hacia mí su testuz,
como si preguntara por el viento y la luz
de los tiempos aquellos que vio mi juventud.

Ante tal experiencia, que me hizo estremecer,
yo levanté los ojos al cielo para ver
el rayo luminoso que me hiciera volver
a mi fe, mi confianza, mi esperanza, mi ser,
más allá de las sombras, más allá del placer.

SUPLICA OTOÑAL

Detente, alud, detente: el arco de mi brazo
ha consumido el último aliento de vigor.
Se orientan al ocaso mi vacilantes pasos,
y surgen ya las sombras porque se oculta el sol.

Detente, alud, detente:
aún no han dado las doce en mi viejo reloj;
faltan pocos minutos, mas toda el alma mía
me grita febrilmente que hay tiempo todavía
para exprimir la vida, para absorber más luz,
y acercarme al misterio con tenaz agonía
hasta quemar las alas abrazadas al fuego
en la trémula llama de la fascinación.

Para colmar la copa sedienta de más gotas
de vital existencia prendida de emoción,
devuélveme los bríos que derroché en los lazos
de los dulces venenos que nutren al dolor.

Perdona el extravió de las horas perdidas
en las encrucijadas que me tendió el error.
Por el signo rebelde de mis meditaciones
deniégame la ofrenda que nunca merecí.

Rompe, al llegar la hora,
el hilo prodigioso que me retiene aquí.

Cuando decline el día,
impacta con tu soplo mi débil corazón.

¡Pero dame el regalo de unas horas tardías
para extraer más savia a mi inmensa pasión!

INTEMPORAL

Sobre el lomo de seda de mi esbelto alazán
voy cruzando montañas hacia mi Ahuachapán.
Un mínimo pellizco en su sensible ijar
con la espuela de plata que me calzo al montar,
hace que brinque el bruto y mejore su andar.

Montañas y planicies, aguas mansas y bravas
va dejando a mi espalda el raudo galopar;
los peroles de barro que calienta un ausol
dan un olor de azufre al aire del lugar.

La laguna en la punta del cerro, sobre el mar;
la niebla en el camino, compañera tenaz;
los brotes carmesies del verde cafetal,
las ramas incendiadas del recio flamboyán
unido al cortez blanco y al maquilishua en flor,
y el cielo azul arriba bendiciendo el lugar,
dan la policromía soberana y audaz
que son la apuesta al mundo del vergel tropical.

El hermoso paisaje en que mi soledad
borda sus fantasías con la imaginación,



**SI TE CAES SIETE VECES,
LEVÁNTATE OCHO**

El frío de aquel diciembre penetraba los huesos como el alfiler en el pedazo de tela de la costurera de la colonia.

La temperatura había alcanzado dieciocho grados, algo inusual en las calles de San Salvador; con ojos perdidos en una fila de autos, pude contemplar el rostro de aquel pequeño caminando por la acera del bulevar de los héroes (*y efectivamente era un héroe*). Un desconocido con nombre, rostro y una sonrisa que conquistaba el cielo estrellado; mientras lo observaba trataba de esconder el corazón, como guardándolo de un golpe fugaz y letal ahí donde la conciencia duele. Se acercó y de pronto algo dentro de mí sucedió, algo que soslayaba lo hipotético y común de un día cansado en la vida de alguien que esperaba poder llegar a su casa, tomarse una taza de café caliente y deslizarse por la seguridad que una cama blanca y acolchonada puede brindar.

Lo vi, alejé mi rostro; lo observe, escondí la respiración; lo contemple y ya no pude más, extendía sus manitas, sucias por el destino, por la crueldad, por el abandono, por la apatía de la vecindad, en ellas pude contemplar las de decenas de pequeños, que desfilan por las calles de San Salvador.

Ahí está él, es un mendigo de salvación, en un país que se nombra El Salvador. Como mensajeros celestiales, sus ojos me hicieron afirmar un tanto egoísta, la bendición que tienen mis dos hijos de tener un hogar, un nombre y una esperanza; y como menos importante, la necesidad extrema de decenas de niños, a los que llamamos prójimo.

Y entre lo romántico y lo poético, de pronto, me apretó un pensamiento que fue mi enemigo el resto de la noche, un pensamiento que fue más allá de la retórica o semántica del análisis casi perfecto de algún estudiante de maestría disertando sobre la pobreza en nuestro país, o del discurso de los prestigiados y renombrados políticos de la patria, pensamiento que como dragón a su presa sacudió y exprimió el último aliento de seguridad y poder. Pensamiento que me hizo pronunciar las sencillas, profundas y sangrientas palabras: Estoy en deuda.

Aquel pequeño me hizo recordar a Wilma Rudolph, aquella mujer de color, vigésima de veintidós hermanos de una familia pobre, prematura, la misma que tuvo una doble neumonía a los cuatro años, y con seis, un ataque de poliomielitis le dejó paralizada una pierna durante varios años. Aquella niña, mujer, héroe que a pesar de los obstáculos, su deseo de triunfar y las palabras de su madre le llevaron a los juegos olímpicos de Roma en 1960, colocándose tres medallas de oro en el pecho. Ahí estaba, ahora en una pista diferente, con rostro y nombre salvadoreño.

Al doblar la cuadra, cuando la intensa luz de color verde lo había autorizado, aquel pequeño había quedado atrás, pero mi corazón había logrado esculpir una lección que jamás olvidaré. Soy deudor, del pequeño, del anciano, de la mujer, de toda aquella persona que extiende su mano en búsqueda de ayuda. *A ustedes les prometo que cuando llegue a la siguiente cuadra no será el mismo, mientras tanto, le dejo las palabras que aquella mujer repitió a su pequeña hija: Si te caes siete veces, levántate ocho.*

WILFREDO MÁRMOL AMAYA
Psicólogo y escritor viroleño

HOMENAJE A JOSÉ ROBERTO MONTERROSA

Se publicitó la invitación de la Casa de la Cultura de Zacatecoluca, para celebrar el «FESTIVAL ARTÍSTICO CULTURAL HOMENAJE A JOSÉ ROBERTO MONTERROSA», ayer en la mañana en el local de la Casa de la Cultura de Zacatecoluca. Invitación firmada por el Hernán Acevedo Henríquez, en su calidad de enlace Técnico Administrativo de las Casas de la Cultura, del departamento de La Paz.

Se agradece al señor Henry Cortez, la cortesía de haber enviado esta misiva y al señor Acevedo, por este ineludible reconocimiento a Roberto Monterrosa; la sociedad viroleña se llena de gozo.

Quisiera aprovechar para presentar un pequeño espejo, que refleja la entrega de Roberto Monterrosa en su quehacer viroleño, luego de 30 años de servicio como Director y de su jubilación, allá por el año 2006.

Desafortunadamente me fue imposible estar presente en la fecha señalada, debido a compromisos laborales establecidos previamente, pero nuestros pensamientos estuvieron con Roberto, a quien le guardamos un profundo cariño, respeto y admiración.

Roberto Monterrosa ha sido un ser emblemático en la construcción de la cultura y arte en Zacatecoluca, en La Paz, y el país entero. Fue de las personas que impulsaron la celebración de los Juegos Florales, de hecho la Casa de la Cultura en esta ciudad tiene el mayor número de convocatorias, en la actualidad los juegos florales en sus diferentes géneros se celebran a lo largo y ancho del país. Las presentes y futuras generaciones están en deuda con este amigo, «viroleño por decreto de amor» como lo ha señalado el poeta. Es de recordar que Roberto nació en la ciudad de Austria y Lorenzana. Felicitó a la Secretaria de Cultura, encabezada por el señor Presidente de la República, Mauricio Funes, por este acto de reconocimiento, porque hacer cultura, también es hacer justicia.

En la página número 84 del libro «*Antología Literaria de los Nonualcos*», de 2006, publicado por la Corte Suprema de Justicia, hay un pequeño poema con el título de *Amigo mío*, dedicado a Roberto.

De igual manera, el Prólogo del libro *Antología Literaria de la Paz*, escrito por el Dr. José Mauricio Rodríguez Flores, editado en febrero de 2011, señala: «Sería inmerecido e injusto no referirse a la contribución del poeta Roberto Monterrosa, quien marcó el resurgimiento de la literatura en sus diferentes expresiones en la ciudad natal de José Simeón Cañas, que como Director, por 30 años ininterrumpidos, convirtió la Casa de la Cultura en el segundo hogar de los viroleños y viroleñas, brindando a Zacatecoluca el honor de haber proyectado los juegos florales a nivel nacional.

Bien dicen que la literatura está hecha de pasión y de palabras, aunque la pasión literaria no es otra cosa que el poder de las palabras, como afirma el poeta chileno, Vicente Huidobro; y Roberto Monterrosa lo ha hecho posible con su esmero y dedicación. Dar la oportunidad que el esfuerzo literario del Grupo de Escritores de la Paz sea publicado, es dar la oportunidad a perpetuar en la conciencia viroleña, que la palabra es vida y como tal es inmortal. Con relación a la sociedad de los poetas muertos, se escribió en una ocasión:



A la izquierda los poetas Ramón Fernando Palacios y Roberto Monterrosa, al centro Marta Sosa Molina (QEPD), le sigue Miguel Ángel Barrera Guevara y en el extremo derecho, el historiador Alfredo Herrera. Dos compañeros desafortunadamente, no recordamos sus nombres. Fotografía del 21 de octubre de 1984

*«Coged las rosas mientras podáis
veloz el tiempo vuela,
la misma flor que hoy admiráis
mañana estará muerta»*

Así concluye el Dr. Rodríguez Flores, otro viroleño de buena cepa, sus palabras en alusión al trabajo cultural de Roberto.

Ambos libros son parte de la contribución de Roberto Monterrosa en el quehacer literario de los últimos años.

Del libro *Poesía Pueblo*, de Roberto Monterrosa, editado por Concultura en 1997, se lee en la página 29; un poema de Roberto:

POEMA DE AMOR A LA AMADA

Ni te va ni te viene que el amor nos desespere
porque no puede ser que el ocaso nos revire desaliñados
sin un puchito de luz
para instalar el paraíso
(techo y pan para el hermano)
primitivamente feroces
depurando la voz para imponer el grito
porque la vida no es cola de garrobo
ni cervatilla sutil
porque nos viene en gana jugarnos la partida
hombre y mujer
a ciencia cierta de que habremos de vivir
humanamente.

Del libro, *Índice Antológico de la Poesía salvadoreña*, UCA editores, prologado por David Escobar Galindo, en 1982, en la página 707, se presenta a Roberto Monterrosa entre los artífices poéticos de esos distantes años; en los comentarios bibliográficos de Roberto,

se concluye en este libro « sus poemas son extraños, cerrados, con esa claridad de la tarde en que se borran los contornos o aparecen contornos nuevos, tal vez los más reales...»

Un saludo y abrazo eterno en gratitud al aporte de Roberto Monterrosa, su querida esposa doña Zoilita, sus dos hijos e hija, y ahora también a sus nietas que disfruta a plenitud; el amigo que convirtió la Casa de la Cultura de Zacatecoluca, en un punto de encuentro de la sociedad viroleña. Honor a quien honor merece.

Sabemos que el estado de salud de Roberto no es bonancible es este momento, es más, es bastante delicado, pero le recordamos a Roberto que su nombre, cuando es mencionado por la comunidad viroleña, lo hace desde el corazón y que aún nos quedan años para estrechar su mano y su gracia de ser humano. Como hablamos en una oportunidad con Roberto, abajo del almendro del patio de su casa, en la «27 de septiembre», todos los días sale el sol.

Ojala y algún día, los viroleños tengamos la oportunidad de un gobierno local que camine hacia adelante, que reconozca el beneficio de la cultura y coloque el nombre de Roberto en un espacio simbólico, donde las generaciones le recuerden como un mensajero de las buenas nuevas viroleñas, como dice el dicho popular «en vida hermano, en vida» Roberto Monterrosa, este 27 de mayo, la comunidad zacatecoluquense y en especial el Grupo Escritores de la Paz, nos unimos en cuerpo y alma, al justo homenaje en reconocimiento a tu persona, y como dice el poeta Ricardo Castrorivas:

¡¡¡Hasta la poesía siempre!!!

In xochitl in cuicatl = Guerra y música

RAFAEL LARA-MARTÍNEZ
(New Mexico Tech,
soter@nmt.edu)
Desde Comala siempre...

IV. El fragmento (folio 68v)

(Se citan dos traducciones e interpretaciones de un mismo texto. Por razones de espacio sólo se recoge un fragmento significativo. Es suficiente para que el lector aprecie que sin un contraste entre dos o más versiones no hay investigación crítica del pasado. A lo sumo, hay una tentativa por imponerle un enfoque único actual a los documentos primarios antiguos).

IV. 1. Versión de Bierhorst

Melahuac Xopanquicatl — A plain song of green places (6)

(Canto llano de primavera/floreamiento)

Ma ya hualmoquetza in tohuchueuh ma ya hualmoquetza in cuicanitl aya çan ye quitzetzeloahuaya nepapan xochitlon onnequiltonoloc onetlamachtiloc in ixochihui yn ipalnemohuani ohuaya ohuaya (7)

Here, let the drum appear! Here, let the singer appear! He's scattering a multitude of flowers. There's richness, there's joy, in the presence of Life Giver's flowers. (7)

(¡Qué aquí aparezca/surja el tambor! ¡Qué aquí aparezca el cantor! Él esparce/cierne una abundancia de flores. Hay gran riqueza al presenciar las flores del Dador de Vida).

Çan oc tocontlatia yeaya in monecuiltonol ypalnemohuani què connequei in moyollo ehua ohuaya ohuaya (8)

But now you're hiding your riches, Life Giver. What does your intend? (8)

(Pero ahora ocultas tus riquezas, Dador/Autor de Vida. ¿Qué intenta tu corazón?)

[folio 69v]

Maoquic tonahuican antocnihuan ohuaya ohuaya.

So let's be pleased, friends.

(Regocijémonos, amigos).

Macanelac icnotlamati ye nican antocnihua anca ço ayac huel ichan in tlpc (2)

ayac mocahuaz quetzallian poztequi ayehuaya ÿ tlacuilollia can öpopoli-

hui xochitl oncuilahuia yehua ixquich ompa yahui cano y ichana

ohuaya ohuaya.

Friends, let no one grieve here. It would seem that no one's home is earth. No one can remain.

Plumes splinter, paintings ruin, flowers wither. All are headed for His home. (2)

(Amigos, que nadie se aflija aquí. De nadie es morada la tierra. Nadie permanece. Las plumas se desgarran, las pinturas se arruinan, las flores se marchitan. Todo se dirigen a Tu casa/morada)

Ça no ihuin tinemi çan cuel chic motloc monahuaqui yn ipalnemohuani (6)

hualnaximacho tlpc ye nican ayac mocahuaz quetzallian poztequia

yehuaya in tlacuilollia çan onpopolihui xochitl öcuilahuia yehua

yxquich ompa yahui cano ye ichan na ohuaya ohuaya. (6)

Such is life. People get to know each other briefly here on earth near you and your presence, Life Giver. No one can remain. Plumes splinter, paintings ruin, flowers wither. All are headed to His house. (6)

(Así es la vida. La gente se conoce brevemente aquí en la tierra cerca de ti y de tu presencia, Dador de la Vida. Nadie permanece. Las plumas se desgarran, la pintura se arruina, las flores marchitan. Todos se dirigen a Tu casa)

(**Sinopsis:** Los espíritus de las generaciones precedentes retornan en vida, en respuesta a nuestra música, mientras nosotros mortales nos preparamos a entrar al paraíso).

IV. 2. Versión de Garibay (Poesía náhuatl III. Cantares mexicanos, UNAM, 1968)

17

Melahuac Xopanquicatl

Cantos de primavera rectificandos

Preludio:

Ma ya hualmoquetza in tohuchueuh,



En el acto de creación poético, los ancestros regresan a saldar un pacto con quienes los personifican.

ma ya hualmoquetza in cuicanitl. Aya, zan ye quitzetzeloahuaya nepapan xochitl.

On onnequiltonoloc onetlamachtiloc in ixochihui yn ipalnemohuani. Ohuaya Ohuaya (5)

Dispóngase ya nuestro tambor, preséntese ya el cantor.

Ya esparce allí variadas flores Allí hay riqueza, allí hay dicha: son flores delante del que da la vida. (5)

I

Zan oc tocontlatia, Yehuaya in monecuiltonol ypalnemohuani.

¿Quen connequei in moyollo? Ehua Ohuaya Ohuaya.

Sólo deterioramos tu riqueza, oh autor de la vida. ¿Qué es lo que quiere tu corazón?

[...]

Ma oc ic tonahuican antocnihuan. Ohuaya. (95)

Gocémonos, amigos míos.

Ma ca nel ac icnotlamati ye nican antocnihuan. Ohuaya

antononihuan anca aza ayac ichan in tlasticpac, Ayac mocahuaz.

Quetzalli in poztequi, Ay ehua, in tlacuilollia zan on popolihui, (100)

xochitl on cuilahuia, Aya yehuaya.

Ixquich ompa yahui zan on ye ichan.

Ninguno de vosotros sienta aquí tristeza:

Nadie tiene casa fija en la tierra,

Nadie quedará en ella.

Se rompe el plumaje de

quetzal,

Las pinturas se van deteriorando, Las flores se marchitan.

Todo eso se va a la Casa del dador de la vida.

Zan o ihuin tinemi zan cuel achic, motloc monahuac ipalnemoani huel neiximacho tlasticpac ye nican. Ayac mocahuaz.

Quetzalli in poztequia, Ay ehua, in tlacuilollia zan on popolihui,

xochitl on cuilahuia. Aya yehuaya. Ixquich ompa yahui zan on ye ichan. (110)

Sólo andamos como ebrios por breve momento, junto a ti, a tu lado, autor de la vida,

sólo podemos conocernos en este mundo: Nadie quedará en él.

Se rompe el plumaje de quetzal, las pinturas se van deteriorando,

las flores se marchitan.

Todo ese se va a la Casa del dador de la vida. (110)

Nota explicativa: Una nueva sección de cantos aislados de los que se cantaban en concurso [...] en casa de Tecayehuatzin [mediados del siglo XV-principios del XVI, es decir medio siglo antes de la escritura de sus poemas.

Esta semana en La Rayuela
Programación Cultural 1 - 4 de Junio 2011

<p>Miércoles 1 / 7:00 p.m. Noche de Lectura y Tertulias Musicales con nuestro amigo Luigi</p> <p>Jueves 2 / 7:00 p.m. Presentación de la obra teatral "Decisiones" con Mónica Orellana y Esteban. Con la participación musical de Luigi & Merlos</p>	<p>Viernes 3 / 7:00 p.m. Velada de éxitos musicales de todos los tiempos con Fito Villalobos</p> <p>Sábado 4 / 7:00 p.m. Noche de Trova y muchos recuerdos</p>
--	--

ENTRADA GRATIS A TODOS NUESTROS EVENTOS

Ira. Calle Poniente, 3-1, Centro Histórico de Santa Tecla (A una cuadra del Palacio Teclano)
HORARIOS: Miércoles y Jueves: 5:00 - 10:00 p.m. / Viernes y Sábado: 5:00 - 12:00 p.m.
cafe.la.rayuela@gmail.com · cafelarayuela.blogspot.com · Encuéntranos en

El diamante de Caralvá



FOTO: MAURICIO VALLEJO MÁRQUEZ.

REDACCIÓN
SUPLEMENTO 3000

“Como anécdota, te diré que había olvidado este concurso por completo. Como bien sabes llegan tantos correos que lo mejor es no abrirlos, excepto los conocidos. En realidad es mucho tiempo perdido en ocasiones.

Esos correos me indicaban sobre la antología, pero como la fecha era tardía y publicaron listas preliminares de ganadores, creí que estaba fuera. Lo de preliminar no lo sabía... así que decidí no leer más...”

Así relató César Ramírez Alvarenga, Caralvá, su sorpresa al conocer que había sido uno de los ganadores para integrar la Antología Hispanoamericana de relatos de la Latin Heritage Foundation.

“Se que es poco para tanta necesidad de buenas noticias en la nación, pero a lo mejor es una pequeña bengala para muchos jóvenes que perseveran en las letras, también para muchos otros que se aferran a la literatura como instrumento de voz interior para construir un mundo mejor”, escribió. La historia ganadora, entre otras representantes de países latinoamericanos, España y Estados Unidos, se titula *El diamante del río sucio*, un relato de mineros salvadoreños que drenan las riveras del Río Acelhuate, ocurrió en 1999. Y el mismo escritor nos explica que “no son los mineros tradicionales, puesto que ellos dicen:

Para referencia y compra de la antología buscar en amazon.com

«minear» a cribar con sus redes o guacalitos las arenas de recodos y vados de ese afluyente, ahí encuentran pedazos de metal, cubiertos de mesa, joyas, pedazos de cadenas, oro, plata, monedas de todo tipo, las que acompañan a la basura tirada por cientos de personas consciente o inconscientemente. El río lleva de todo, sean tiempos de guerra o paz, hasta un día que encuentran algo diferente...”

Esta no es la primera vez que Caralvá recibe un reconocimiento por su trabajo narrativo, en 1993 obtuvo el Premio Nacional de Cuento de la Secretaria de la Familia. Es columnista del Co Latino y Fundador del Suplemento Cultural 3000.

a su esposa envuelta en una nube de humo que trazaba figuras helicoidales por toda la sala. ¡Vieja pulmones de pavimentada! , pensó para sus adentros. Luego, con una sonrisa se dirigió a ella.

«Olvidaba darte el beso», le dijo. La besó y salió de la sala apresurado, lanzó un escupitajo en el patio. «Vieja cerda que no deja ese maldito tabaco, y yo como maje aguantando ya no se si lo hago por amor o por conveniencia. Al fin, después de diez años los dos tenemos ganado el infierno». Murmuró.

Todas las calles estaban desiertas, y él aceleraba a placer. «Hoy por primera vez llegaré temprano». Pensó. Los recuerdos siguieron asaltándole, mientras manejaba con frenesí por las calles solitarias. Se miró al espejo con un aire de orgullo, volvió a ver el asiento del copiloto y aceleró, le subió el volumen a la música de su radio y continuó manejando hasta su oficina. Al revisar su reloj se dio cuenta que tenía tiempo para tomar un café en un establecimiento cercano a la oficina. Desde lejos la vio cerrada, un poco incrédulo y con gesto petulante pensó: «hasta al jefe le madrugué».

Pidió una taza de café con leche y dos rodajas de pan tostado y absorto contempló el periódico del día, lo que más le intrigó fue la fecha: DOMINGO 6 DE ENERO DE 1981.

Un golpe seco en la puerta rompió la tranquilidad de la tarde. Roberto se levantó de un salto y tomó el arma, su esposa lo miró con tristeza: sabía que lo iban a matar.

por toda la casa «No sé, pero aquella escena me dio tanta lástima. Era un mediodía del mes de febrero, ese mes cumplí mis nueve años. Caminaba con mi padre por la ruta a la frontera. Lo vimos desde lejos en la orilla de la carretera, nunca supimos su forma, en la distancia parecía una vaca con ancas angostas, pecho ensanchado y en vez de cuernos una larga cabellera. Rugía como león y gemía como tórtola en celo. Siempre lo he imaginado de muchas formas, de lo que estoy seguro es que era un ser humano. Caminaba delante de nosotros gimiendo y gritando unas veces arrastrándose y otras veces caminando, acompañado de una nube de moscas. Sí, era eso un ser humano. En los pueblos de la ruta de la frontera se decía con frecuencia que era de origen balcánico y fue abandonado por los marineros en un puerto cercano. Casi nadie entendió su idioma, no comía cuando lo miraban y tenía un odio arraigado por las mujeres y los niños. Nunca se conoció su nombre, lo llamaban: «Jack Rasta» Nunca lo conocí, solo oí sus gritos y gemidos y el zumbido de las moscas en la distancia. Todos los niños de mi época le teníamos miedo, pues se decía que a más de unos había querido matar. Él se convirtió en la amenaza de los que se portaban mal o iban bajos en las calificaciones escolares si te portas mal te va a llevar «Jack Rasta» era una expresión frecuente de las madres» Ya listo y jugueteando con las llaves de su auto salió de su cuarto apresurado y se dirigió a la puerta principal.

Guardó silencio un momento, retrocedió la mirada y con cierto aire de nostalgia miró

CUENTO

Jack Rasta

ESAÚ HERNÁNDEZ
Escritor hondureño

Ese día se levantó temprano y mientras se afeitaba pensaba en tantas cosas. Puso la mano en el espejo y miró la honda cicatriz en su palma, los recuerdos lo ofuscaban, tomó la navaja y se continuó afeitando. De nuevo, una de las tres cicatrices de su cara; la más abultada, le obstruyó el paso de la navaja y otra vez los recuerdos le asaltaron. Sintió en su espalda los espíritus desconocidos que lo atormentaban desde niño, él les temía, se repuso de su mal recuerdo y continuó rasurándose mientras escuchaba a lo lejos la música en los radios y televisores de los vecinos. Colocó la navaja en el estuche, se corrigió su vestimenta y se dirigió a la puerta; una nube de recuerdos lo invadió, el espejo de su pasado lo atrapó en su inmensidad y el empezó a narrar en voz alta los recuerdos mientras su esposa fumaba un puro barato.

¿Te vas? le preguntó sin dejar de fumar. Él no le escuchó, estaba tan absorto en su monólogo de recuerdos que ni siquiera notó su presencia en la sala. Pasó a su cuarto a terminar de alistarse y su voz resonaba



Carlos A. Burgos

PROSALEGRE

LAS ILUSIONES DE MAGARÍN

Asistimos al Taller de Letras que dirige Mauricio Vallejo Márquez donde florecen versos, cuentos, relatos y otros productos labrados con la palabra. Entre los talleristas asiste Rafael Magarín. Su apellido me provoca una sinestesia de fruta cítrica, tipo de mandarina especial que en occidente llaman tanyarina.

Es un joven delgado, moreno, con bigote poco poblado. Predomina en su rostro una mandíbula inferior que parece fuerte, mostrando seguridad a pesar que algunos problemas lo inducen a sentir temor. En el aula permanece reflexionando, un monólogo. Se advierte que es un joven soñador, con muchas ilusiones.

En un ejercicio de redacción, Vallejo Márquez dividió al grupo en parejas, sentados uno frente al otro, para que nos observáramos, conversáramos y escribiéramos. Después leeríamos el resultado al grupo de talleristas. Magarín me interrogó.

— ¿Qué haces en tu tiempo libre?
— Alimentar mi nostalgia con música.
— ¿Cuántos hijos tienes?
— Doce. Un número cabalístico. Antes no había televisión — tratando de aclararle algo.

— ¿Qué otra carrera te hubiese gustado estudiar además de magisterio?

— Militar y sacerdote, al mismo tiempo.
— Qué locura, dos carreras extremas ¿para qué?
— Para ir a la guerra y dar los santos óleos a los caídos, simultáneamente.

— No, Carlos, hablemos formalmente.
— Es formal, Maga, no se puede ir a un combate en broma.

Reímos. Enseguida redactó una prosopografía de mi persona, incluyendo mis lentes y mi mostacho perenne. Por mi parte lo interrogué.

— ¿Qué año estudias, Rafael?
— Segundo de bachillerato.
— ¿Qué crítica puedes hacer a tus maestros?
— El de inglés no prepara sus clases, se deja mandar por los alumnos. Nos pregunta ¿qué quieren aprender hoy? Nadie responde y terminamos bromeando. Se angustia porque el reloj no avanza a prisa para finalizar su presencia en el aula.

— ¿Tienes alguna compañera que te gusta?
— Sí, una de ojos verdes, de buen modo, me agrada. Me gusta mirarla furtivamente, esto me emociona y cambio la vista cuando me descubre.

— ¿Ya le declaraste tu amor?
— No, todavía no, pero le escribo poemas. Siento que solo a mí me atiende. No me la dejaré quitar. Lee este:

ILUSION DEL TIEMPO

La lluvia ha vuelto./ mezcla mis recuerdos./ Bandera blanca /de/ horizontes irónicos./ exprimiré los recuerdos/ para olvidar/ tu sabor./ invitaré al sonido/ a embriagar mi memoria/ hasta olvidar tus secretos./ Vete como volviste./ Sepultaré tu sombra.

— ¿Cómo vas a sepultarla, Rafael? Entonces no la quieres.

— Si la quiero, pero la sepultaré en mi memoria para no olvidarla — respondió.

— ¿Tu memoria es cementerio?
— No, no quise decir eso. No me confundas.

Rafael parece seguro con su ilusión que va fortaleciendo con versos, versos en los cuales deja sus sentimientos. Cree que es mejor soñar y vivir, y no solo vivir soñando. Posee un mundo de ilusiones que va tejiendo al compás del reloj, no quiere que el reloj lo alcance.



“Para mí esto forma parte de mi preocupación; a lo mejor es una ilusión de una lucha contra la muerte. La preocupación de seguir escribiendo”

LA POESÍA ES EL ÚLTIMO FARO DEL UNIVERSO

Sosa sobrevivió por la poesía

MAURICIO VALLEJO MÁRQUEZ
Suplemento 3000

Roberto Sosa creía que sobrevivir era más importante que vivir y eso era lo que hacía. El poeta hondureño Sosa no vivió sólo de la literatura. Necesitaba dinero para tener una casa y cuidar a sus hijos, pero esto no dejó que olvidara su primer amor, porque a pesar de las dificultades la literatura fue la causa de que sobreviviera, porque como él decía: “en Honduras no se vive, se sobrevive”.

Y en esa vida llena de actividades para sobrevivir, como él decía: “trabajé desde vender pan hasta dar clases”. Sosa dedicaba muchas horas a su trabajo ya fuera como profesor o como poeta. Por esa razón luchó por formar su casa, para tener un lugar para descansar y para trabajar.

Se tomaba su tiempo para escribir, elaboraba versos sin prisas porque publicar no era su principal objetivo; sino obtener memorables poemas. Con estos logró trascender de su natal Honduras y se convirtió en un referente de las letras centroamericanas. En esa constante de escribir lo mejor que podía se ganó el respeto de literatos y críticos de países como España, que le otorgó el primer Adonais para un latinoamericano. Fue su trabajo *Los pobres* el que mereció el premio. Después se fueron sumando más galardones como el Casa de las Américas en 1971, por su obra *Un mundo para todos divididos* y el grado de Caballero en la Orden de las Artes y Letras en Francia en 1990.

Su obra era sencilla y conversacional. Pretendía llegar a todos los públicos. Sosa mostraba que era importante ser claro y preciso sin descuidar la técnica. También utilizaba elegantes imágenes en sus escritos, con las que le daba vida a los problemas universales como evidencia en su poema *Los pobres*, donde habla de lo bello y difícil de la escasez. No se limitó a mencionar la palabra “pobre”, sino que comunicó la riqueza del pobre en medio de la miseria de su entorno:

«Pueden
llevar en hombros
el féretro de una estrella»

Su profundidad temática no quitó la candidez en sus versos. Se mantuvieron limpidos y no tuvo límites para expresar esos detalles que a muchos les cuesta mencionar por miedo al rechazo o al desencanto. Habló de su Honduras con la soltura que ya quisieran los hondureños al ver a su país con esa curiosa simbiosis de los pueblos: su belleza y sus problemas. Detalles que describió al insinuar su patria, pero sin decir su nombre:

«duro nombre que fluye
dulce sólo en los labios».

Además de preocupación por su prójimo Sosa también nos deja ver su nacionalismo a lo largo de su obra, como apreciamos en su poema *Patria mía* donde muestra ese curioso amor y dolor hacia su nación. No toleró varias situaciones como la miseria, la injusticia y la opresión. En sus coplas afirma su necesidad de que llegue el momento en que las cosas cambien, y él se sienta confiado de decir “Honduras” con naturalidad y con la satisfacción que necesita:

«... buscando
el espacio más limpio de la
página en blanco
que me permita, al fin, sin
avergonzarme ya,
escribir tu nombre,
patria mía»

Sosa, a pesar de mostrarse regional, reflejó en sus versos muchas facetas de su país que podrían compararse con los de El Salvador o de Nicaragua.

Plasmó en papel todo esto que vio, pensó y sintió. Este ejercicio de escribir fue lo que le dio la sobrevivencia y la plenitud. Murió a los 81 años el pasado 23 de mayo de un ataque al corazón, justo en el lugar que él deseaba: su amada Honduras. Sobrevivió en una nación que no le daba esperanza, un país que supo mostrar desnudo.

Sosa engrandeció a Honduras y le deja un legado literario con amor, un amor que demostró a lo largo de su obra.

«Yo me siento fundamentalmente un hondureño. No podría



Los versos de Sosa resumen la historia de nuestros pueblos latinoamericanos.

SU OBRA

Caligramas (1959), Muros (1966), Mar interior (1967), Los pobres (1969), Un mundo para todos dividido (1971), Prosa armada (1981), Secreto militar (1984), El llanto de las cosas (1984), Mascara suelta (1986), Hasta el sol de hoy (1987), Obra completa y Antología personal (1990), Máscara suelta (1994) y El llanto de las cosas (1995), Poesía reconstruida (1995), Antología personal (1995).

sentirme de otro país. He nacido aquí, he vivido aquí y espero morirme aquí. Estoy plenamente identificado con la sociedad hondureña», afirmó en una entrevista.

Ahora sus libros permanecen para continuar su vida a través de ellos. Sobrevive porque buscó la universalidad, porque siendo hondureño no se olvidó del mundo y decidió hacerse parte de

todos. Quizá porque su padre era un músico salvadoreño o porque su corazón era tan grande que debía compartirlo con el resto de seres humanos, como ese enorme gesto de dadivosidad de quienes piensan en la humanidad:

«En el trabajo poético que hago, pretendo —y es una pretensión— que no sea localizado dentro del mundo hondureño sino sobre un techo universal. Básicamente lo

POEMA DE SOSA

LOS POBRES

Los pobres son muchos
y por eso
es imposible olvidarlos.

Seguramente
ven
en los amaneceres
múltiples edificios
donde ellos
quisieran habitar con sus hijos.

Pueden
llevar en hombros
el féretro de una estrella.

Pueden
destruir el aire como aves furiosas,
nublar el sol.

Pero desconociendo sus tesoros
entran y salen por espejos de sangre;
caminan y mueren despacio.
Por eso
es imposible olvidarlos.

que me importa es la universalización del texto poético», expresó el poeta en la entrevista.

Y ese género que lo hizo vivir por largo tiempo ahora le permite la inmortalidad. Quizá lo auguraba desde siempre y por ello le profesó un respeto convirtiéndolo en su brújula:

“La poesía me parece, viene a ser en verdad el último faro del Universo”, escribió.

Sobrevivir, ese verbo que todos anhelamos; aunque tengamos segura la muerte, es lo que logró Sosa al escribir. Sólo bastará que lleguemos al 2030, como él predecía, para saber qué fragmento de su trabajo se podrá leer con “los ojos brillantes”.

Sosa no será olvidado. Su obra es parte de Centroamérica y consecuentemente del mundo, es otra pieza más de ese complejo grupo al que todos pertenecemos: la humanidad.